**¿Qué tal si...?**

Por Pedro Méndez

¿Qué tal si Jesús le hubiera hecho la siguiente preguntado a sus discípulos al final de la parábola del evangelio de hoy, en lugar de dar un veredicto? "¿Quién creen ustedes que se fue a su casa justificado: el recaudador de impuestos (publicano) o el fariseo?" Esta pregunta no tiene una respuesta fácil si tomamos en cuenta, por un lado, que la moralidad del publicano (un agente del gobierno Romano), en tiempos de Jesús, por lo general "se presumía estar en el nivel más bajo" (Padre McKenzie, SJ). Por otro lado, el fariseo del evangelio de hoy no es un hipócrita: él se comporta de acuerdo con la Ley, es decir, de acuerdo a lo que se esperaba. Al tratar de leer "detrás de las palabras del fariseo," uno podría pensar que él podría estar buscando a Dios, porque "es a través de una buena conducta que Yahvé es encontrado" (P. McKenzie, SJ) en las *primeras etapas* de desarrollo del Antiguo Testamento.

Y aún así, hay *algo* que *falta* en la oración del fariseo que lo descalifica para ser justificado. Esta "parte que hace falta" lo lleva *a pretender ser inocente solo por su buena conducta, es decir, a justificarse así mismo.* Por favor, no juzguemos mal a este fariseo. Como se dijo anteriormente, el anhelo de ser justo—esforzarse por ser inocente al seguir la Ley—era esperado y recompensado en las *primeras* *etapas* de desarrollo del Antiguo Testamento. Me parece que *lo que hace falta* en la oración del fariseo es la conciencia y la experiencia del desarrollo teológico de la palabra "justo" (Hb *sedak)* *a lo largo* del Antiguo Testamento, es decir, *que la reivindicación de la inocencia se logra no sólo en el cumplimiento de la Ley;* *sino también por la salvación personal.* *Esta salvación es obra de Dios, que* *"interviene para establecer 'justicia', [es decir] 'salvación'"* (P. McKenziie, SJ). *El publicano parece entender esto al pedirle a Dios que intervenga y reestablezca su inocencia en la forma más profunda: "Oh Dios, te compasión de mí, que soy un pecador" (Lucas 18:13),* es decir, *Dios pon tu propio Ser en mi miseria.*

Que importante es para nosotros reflexionar, hoy, esta verdad en nuestros corazones: *Dios mismo ha intervenido para restablecer nuestra inocencia poniendo su propio Ser en nuestra miseria.* Para nosotros los Cristianos, la intervención de Dios se concretiza en la Persona de Jesucristo, *el Justo*, que reestablece nuestra inocencia al perdonar nuestros pecados y darnos nueva vida a través de su pasión, muerte y resurrección, así como por la efusión del Espíritu Santo. Particularmente, para nosotros los Católicos, la intervención de Dios se concretiza en la celebración intencional de los Sacramentos. *Cuando nuestras vidas son restablecidas a su inocencia por Dios mismo, nosotros somos movidos también a ser justos como Jesús lo es.* Esto incluye necesariamente el amor a nuestro prójimo (1 Jn 3:10), algo que faltaba en la actitud del fariseo.

Dios no sólo nos está invitando a continuar cumpliendo la Ley de manera que tengamos una buena conducta y buenas obras; sino que también a permitirle que nos justifique a través de nuestro Señor Jesucristo, especialmente a través de los Sacramentos, y desprendernos de toda pretensión de una actitud de auto-justificación. Dios también nos esta invitando a amar y comprender a nuestros prójimo como Él lo hace, en lugar de juzgarlo(a) al poner nuestra buena conducta como parámetro.

Al contarnos una parábola, Jesús ilustra quien es justo, y al hacerlo, impulsa nuestros corazones con un deseo ardiente a orar con el publicano: *"Oh Dios, ten compasión de mí, que soy un pecador"* (Lucas 18:13), es decir, *Dios, pon tu propio Ser en mi miseria, para que yo pueda poner el mío en la miseria de los demás.*